

CAPÍTULO X.

De las profecías de Zacarías y de Ageo.

Ya ha visto V. A. lo que Dios se dignó manifestar al profeta Daniel un poco antes de las victorias de Ciro y del restablecimiento del templo. Pues en el tiempo en que se reedificaba, suscitó á los profetas Ageo y Zacarías, é inmediatamente despues envió á Malachías, último profeta del antiguo pueblo, y con el que se propuso poner término á las profecías dirigidas á él para que le sirviesen de correccion y de guia en su conducta.

¡Qué de cosas no vió Zacarías! Al oírle, diríase que á este profeta le habia sido presentado abierto el libro de los decretos divinos, y que habia leído en él toda la historia del pueblo de Dios desde su transmigracion á Babilonia.

Las persecuciones de los reyes de Siria, y las guerras que hicieron á Judá, fuéronle descubiertas en toda su estension y muy circunstanciadamente. Él vió tomada por asalto á Jerusalem y entregada al saco; vió un pillage espantoso y los escesivos é infinitos desórdenes con que fue acompañado; vió fugarse al pueblo y correr hácia el desierto, incierto y perplejo entre la muerte y la vida; y vió el dia antes de su desolacion una nueva luz que se le apareció de repente. Los enemigos son vencidos; los

Idolos derribados en toda la tierra santa: renace la paz y la abundancia en la ciudad y en el pais, y el templo es reverenciado en todo el Oriente.

Aún mas: fuéle revelada al profeta una circunstancia memorable de aquellas guerras: "La misma Judá combatirá, dice, contra Jerusalem:" es decir, que Jerusalem seria vendida por la traicion de sus hijos, y que entre sus enemigos se contarian muchos judíos.

Algunas veces vió una larga serie de prosperidades: yo haré fuerte la casa de Judá; los reinos que le han oprimido serán humillados; los vecinos que no cesaron de atormentarla serán castigados; algunos se convertirán, y serán incorporados al pueblo de Dios. El profeta vé á aquel pueblo colmado de divinos beneficios, y entre ellos cuéntales el triunfo tan modesto como glorioso "del rey pobre, del rey pacífico, del rey salvador, que hace su entrada en Jerusalem montado sobre un asno."

Despues que refiere las prosperidades, vuelve á tomar el hilo de la historia de las calamidades con que fue aflijido el pueblo de Dios, y dice: que vió el templo entregado á las llamas, á Jerusalem reducida á escombros, el pais assolado; violencias, muertes, y un rey autorizando todos aquellos desastres. Dios se apiadó, añade, de su pueblo abandonado; se constituye él mismo su pastor, y es sostenido por su

proteccion. Enciéndense al fin guerras civiles, y todo va en decadencia. El tiempo en que habia de verificarse un completo trastorno es señalado con un caracter marcado; y tres pastores, es decir, segun el estilo antiguo, y tres príncipes degradados en un mismo mes han de señalar el principio de estos tiempos. He aqui las palabras precisas del profeta: *Hice morir á tres pastores en un mes*, es decir, á tres príncipes, *y por causa de ellos se angustió mi alma* (de mi pueblo), *porque tampoco el alma de ellos me fué á mi constante* (no tuvieron firmeza para guardar mis preceptos); *y dije: yo no quiero ser mas vuestro pastor* (no os gobernaré mas con la solicitud cariñosa con que os he gobernado hasta ahora): os abandonaré á vosotros mismos, á vuestra mala suerte, al espíritu de division y de discordia que se introducirá entre vosotros, sin tomarme el cuidado en adelante de desviaros de la sima de males en que vais á precipitaros. *Así que, lo que muriere, muérase; y lo que matáren, mátenlo; y los demas que se coman á bocados unos á otros.* He aqui cuál debia ser al fin la suerte de los juédios justamente abandonados de Dios; y he aqui, en términos precisos, el principio de la decadencia á la caida de los tres príncipes. Lo que espondremos despues, harános ver que no ha sido menos manifesto el cumplimiento de toda la profecía.

En medio de tantas desgracias, vaticinadas tan claramente por Zacarías, anuncia otra mayor. Un poco despues de introducida la discordia, y en el tiempo de la decadencia, Dios fue comprado por su ingrato pueblo por treinta dineros; y el profeta lo ve todo, hasta el campo del alfarero en que se invirtió este dinero. De aqui siguiéronse los mas graves desórdenes entre los pastores del pueblo; en fin, fueron heridos de ceguedad, y su poder quedó del todo destruido.

¿Pues qué diremos de la vision de Zacarías, de aquella maravillosa vision, cuando viendo al pastor herido se dispersaron las ovejas? ¿Y qué diremos de la mirada que echa el pueblo sobre su Dios á quien traspasó, y de las lágrimas que le hace derramar una muerte mas lamentable que la de un hijo único y que la de Josías? Zacarías vió todas estas cosas: pero lo que vió de mas grande fue: "al Señor enviado por el Señor para habitar en Jerusalem, desde donde llama á los gentiles para agregarlos á su pueblo y vivir en medio de ellos."

Ageo refiere menos cosas; pero las que dice son sorprendentes. Mientras que se estaba reedificando el segundo templo, y que los ancianos que vieran el primero se deshacian en lágrimas de dolor al comparar la pobreza de este segundo con la magnificencia del primero; el profeta, cuya vista se estiende á mas lejos, pu-

blica la gloria del segundo templo, y le prefiere al primero. Explica de dónde procederá la gloria de esta nueva casa; y es que *el deseado de los gentiles llegará*: el Mesías prometido despues de dos mil años, y desde el origen del mundo, como el salvador de los gentiles, aparecerá en este nuevo templo. *Se establecerá en él la paz; y todo el universo conmovido dará un testimonio de la venida de su Redentor: poco tiempo resta que aguardar, porque el prefijado para esta esperanza toca ya á su término y se halla ya en su último periodo.*

CAPÍTULO XI.

De la profecía de Malachías, que fué el último de los profetas; y de la conclusion del segundo templo.

Por fin, el templo se acaba; son las víctimas inmoladas en él; pero los judíos avaros ofrecen hostias defectuosas. Malachías, que les reprende por esto, se eleva á una mas alta consideracion; y con ocasion de las inmundas ofrendas que presentaban los judíos, él ve *la ofrenda* siempre *pura* é inmaculada *que será presentada á Dios*, no solo como otras veces en el templo de Jerusalem, sino *desde Oriente á Poniente*; no solo por los judíos, sino *por los gentiles*, entre quienes predice *que será grande el nombre de Dios.*

Ve, como Ageo, la gloria del segundo templo y al Mesías que le honra con su presencia; pero ve tambien al mismo tiempo que el Mesías es el Dios á quien está dedicado este templo. "Envio á mi ángel, dice el Señor, para que me prepare los caminos; é incontinenti vereis llegar despues á su santo templo el Señor á quien buscáis, y al ángel de la alianza á quien deseáis."

Un ángel es un enviado: pero he aquí un enviado de una dignidad maravillosa, un enviado que tiene un templo, un enviado que es Dios, y que entra en el templo como en su

propia casa; un enviado deseado por todo el pueblo, que viene á hacer una nueva alianza, y que es llamado por esta razon el ángel de la alianza ó del testamento.

Es, pues, en el segundo templo en donde el Dios enviado por Dios debía presentarse; pero otro enviado debe precederle para que le prepare los caminos. En esto nosotros vemos al Mesías precedido por su precursor. Tambien le fue revelado al profeta el caracter de este precursor. Debe de ser un nuevo Elías, notable por su santidad, por la austeridad de su vida, por su autoridad y por su celo.

Asi es como el último profeta del antiguo pueblo designa al primer profeta que le ha de suceder, al *Elias*, precursor del Señor, que debe aparecer. Hasta dicho tiempo el pueblo de Dios no tenia otro profeta que aguardar; la ley de Moises debe serle suficiente: y es por lo que Malachías concluye con estas palabras: "Acordaos de la ley que di sobre el monte Horeb á Moises mi siervo para todo Israel. Os enviaré al profeta Elías, que unirá los corazones de los padres con el corazón de los hijos," que mostrará ó manifestará á éstos lo que han aguardado los otros.

A la ley de Moises Dios mandó unir lo que, en conformidad con ella, habian hablado los profetas y la historia del pueblo de

Dios escrita por los mismos profetas, en la cual se hallaban confirmadas, por medio de pruebas sensibles, las promesas y las amenazas de la ley. Todo estaba cuidadosamente redactado, y coordinado con arreglo á los tiempos: y he aqui lo que Dios dejó para instruccion de su pueblo luego que determinó que cesaran las profecias.

CAPÍTULO XII.

De los tiempos del segundo templo: de los frutos que produjeron los castigos y las profecías precedentes: de la cesacion de la idolatría y de los falsos profetas.

Tales instrucciones produjeron una gran mudanza en las costumbres de los israelitas. Ya no habian de menester ni de apariciones, ni de manifiestos vaticinios, ni de aquellos estupendos prodigios que Dios obrara para salvarlos. Bastábanles los testimonios que recibieran; y su incredulidad no tan solo convencida y justificada con los acontecimientos que presenciaron, sino tambien con frecuencia castigada, había-les hecho mas dóciles y sumisos.

Esta fue la razon por qué desde aquel tiempo no se les volvió á ver caer en la idolatría, á la cual tenian suma propension. Habian sufrido mucho por haberse alejado del Dios de sus padres. Acordábanse incesantemente de Nabucodonosor y de su ruina tantas veces anunciada, y pronosticada tan circunstanciadamente, y sobrevenida mas pronto de lo que creyeran. No les admiraba menos su restablecimiento, verificado, contra toda verosimilitud, en el tiempo y por aquel que les fuera designado. Jamas veian el segundo templo sin recordarse por qué el primero habia sido destruido, y cómo éste fue reedificado: asi se confirmaban en la fe de sus

escrituras, de que era un testimonio inequívoco cuanto habia pasado y presenciaban.

Ya no se volvieron á ver mas entre ellos falsos profetas. Desposeidos de su antigua propension á la idolatría no creian ya en ensueños. Zacarías lo predijo en un mismo oráculo que estas dos cosas sucederian. He aquí sus propias palabras: "En aquellos dias, dice el señor Dios de los ejércitos, yo destruiré el nombre de los ídolos en toda la tierra santa; no se hablará mas de ellos: tampoco aparecerán en ella mas falsos profetas, ni espíritu impuro que les inspire. Y si á alguno se le viniese á las mientes meterse á profetizar impelido por su propio espíritu, su padre y su madre le dirán: mañana morireis, porque habeis mentido á nombre del Señor." Puede verse en el mismo testo (en el cap. 13 de Zacarías, v. 2, 3, 4, 5 y 6) lo que sigue, que no es menos fuerte que lo dicho. Esta profecía tuvo un cumplido efecto. Los falsos profetas cesaron en el tiempo del segundo templo: y el pueblo, indignado y amargamente desengañado de sus fábulas, no se hallaba ya en estado de prestar oidos á sus falsedades. Los verdaderos profetas de Dios eran leídos y releídos continuamente, y no les eran necesarios comentarios ningunos, porque los sucesos que acaecian diariamente, en ejecucion y cumplimiento de sus anuncios, eran sus mejores y mas verídicos intérpretes.

CAPÍTULO XIII.

*De la larga paz que disfrutaron, y por
quién fue predicha.*

En efecto, todos sus profetas les predijeron y prometieron que gozarian de una profunda paz. Todavía se lee con sumo placer la bella pintura que hacen Isaías y Ezequiel de los venturosos tiempos que habian de seguirse á la cautividad de Babilonia. Todas las ruinas, dicen, serán reparadas, las ciudades y pueblos serán reedificados con magnificencia, la poblacion se multiplicará y el pueblo será innumerable; los enemigos vivirán abatidos y humillados, renacerá la abundancia en el campo y en los poblados; y por todas partes reinará la mas pura alegría y el júbilo que procuran el sosiego y tranquilidad con los demas bienes, frutos de una larga paz: paz duradera y perfecta, segun Dios la ha prometido á su pueblo. Efectivamente, gozaron de ella bajo el imperio de los reyes de Persia: porque en tanto que duró este imperio, los decretos favorables de Ciro, que fue su fundador, aseguraron el reposo de los judíos; y aunque se vieron amenazados á perderlo todo bajo el reinado de Asuero, cualquiera que éste fuese, movido Dios de sus lágrimas, cambió de repente el corazon del rey, vengándose de Aman, su enemigo y autor de la persecucion que este mal ministro aconseja-

ra á su rey contra los judíos. Fuera de este peligro, que pasó como un relámpago, el pueblo judío vivió con tranquilidad y seguro. Adoctrinados por sus profetas en la obligacion en que estaban de prestar obediencia á los reyes á quienes Dios les habia sometido, guardáronles una fidelidad inviolable; y así fue que siempre recibieron un trato dulce y suave. Por un módico tributo que pagaban á sus soberanos, que mas bien eran sus protectores que sus señores, permitíaseles vivir conforme á sus leyes: fuéles conservado íntegramente el poder sacerdotal: los pontífices dirigian y gobernaban al pueblo: el consejo público, establecido ó creado primeramente por Moises, ejercia sus funciones con el lleno de su autoridad, y aun gozaban entre sí del poder de vida y muerte, sin que nadie se mezclase ni interviniese en los negocios propios de su competencia con arreglo á su legislacion: Así lo ordenaron los reyes. La ruina del imperio de los persas no cambió en nada su estado. Alejandro respetó su templo, admiró sus profecías y estendió sus privilegios. Tuvieron, es verdad, un poco que sufrir bajo el mando de sus sucesores: porque Ptolomeo, hijo de Lago, sorprendió á Jerusalem, y se llevó consigo cien mil cautivos á Egipto; pero cesó bien pronto de aborrecerlos: ó mejor dicho, no les aborreció jamas, pues él no se propuso otro objeto al llevárselos

cautivos mas que debilitar las fuerzas de los reyes de Siria que eran sus enemigos. Y con efecto, no bien los judíos se le sometieron, cuando les hizo ciudadanos de Alejandría, capital de su reino; ó mas bien les confirmó el derecho que Alejandro, fundador de esta ciudad, les otorgara; y no encontrando en todo su estado súbditos mas fieles que los judíos, los incorporó en las filas de su ejército, y confió á su custodia las plazas mas importantes. Si los lagidas les tuvieron consideracion, fueron todavía mejor tratados por los seleucidas, bajo cuyo imperio vivian. Seleuco Nicanor, gefe de esta familia, los estableció en Antioquía; y en tiempo de Antioco, el Dios, su nieto, que les hizo recibir en todas las ciudades del Asia menor, se esparcieron por toda la Grecia, y vivieron en ella segun su ley, gozando de los mismos derechos que todos los demas ciudadanos, como les sucedia en Alejandría y Antioquía. Mandóse, sin embargo, que su ley fuese traducida en griego, cuya version se verificó de orden de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto. La religion judaica fue conocida entre los gentiles; el templo de Jerusalem se enriqueció con las dádivas que á porfia le ofrecian los reyes y los pueblos; los judíos vivieron en paz y en libertad bajo el poder de los reyes de Siria, y en tal grado como no habian disfrutado bajo el mando de sus propios reyes.

CAPÍTULO XIV.

De la interrupcion y restablecimiento de la paz; introdúcese la division en el pueblo santo: persecucion de Antioco; y del vaticinio de los profetas de todos estos sucesos.

Tal era la paz de que gozaban, que parecia debia durar eternamente si ellos mismos no la hubiesen perturbado con sus disensiones. Trecentos años hacia ya que disfrutaban de esta tranquilidad tan anunciada por sus profetas, cuando la ambicion y los celos que se introdujeron entre ellos los pusieron á pique de perderse. Algunos de los mas poderosos fueron causa de las discordias que se suscitaron en el pueblo por adular bajamente á los reyes; quisieron hacerse ilustres á la manera de los griegos, y prefirieron esta vana pompa á la sólida gloria que les procurara entre sus conciudadanos la religiosa observancia de las leyes de sus mayores. Celebraron juegos como los gentiles. Esta novedad deslumbró los ojos del pueblo, y la idolatría revestida con tan magníficos atavíos presentóse tan seductora á los judíos que muchos de ellos se dejaron arrastrar de sus atractivos. A esta novedad juntáronse las disputas que se suscitaron acerca del soberano sacerdocio, que era la dignidad principal de la nacion. Los ambiciosos hacian la córte á los reyes de Siria